

KANT

—

Sobre Pedagogía.

INTRODUCCION

El hombre es la única criatura que ha de ser educada. Entendiendo por educación los cuidados (sustento, manutención), la disciplina y la instrucción, juntamente con la educación (1). Según esto, el hombre es niño pequeño, educando y estudiante.

Tan pronto como los animales sienten sus fuerzas, las emplean regularmente, de modo que no les sean perjudiciales. Es admirable, por ejemplo, ver las golondrinas pequeñas, que, apenas salidas del huevo y ciegas aún, saben, sin embargo, hacer que sus excrementos caigan fuera del nido. Los animales, pues, no necesitan cuidado alguno; á lo sumo, envoltura, calor y guía, ó una cierta protección. Sin duda, la mayor parte necesitan que se les

(1) Como ni en ésta ni en las restantes obras se encuentra una distinción precisa entre *Bildung*, formación, y *Erziehung*, educación, se ha traducido frecuentemente *Bildung* por educación, á fin de evitar confusiones. (N. del T.)

alimento, pero ningún otro cuidado. Se entiende por cuidado (*Wartung*), las precauciones de los padres para que los niños no hagan un uso perjudicial de sus fuerzas. Si un animal, por ejemplo, gritara al nacer, como hacen los niños, sería infaliblemente presa de los lobos y otros animales salvajes, atraídos por sus gritos.

La disciplina convierte la animalidad en humanidad. Un animal lo es ya todo por su instinto; una razón extraña le ha provisto de todo. Pero el hombre necesita una razón propia; no tiene ningún instinto, y ha de construirse él mismo el plan de su conducta. Pero como no está en disposición de hacérselo inmediatamente, sino que viene inculto al mundo, se lo tienen que construir los demás.

El género humano debe sacar poco ó poco de sí mismo, por su propio esfuerzo, todas las disposiciones naturales de la humanidad. Una generación educa á la otra. El estado primitivo puede imaginarse en la incultura ó en un grado de perfecta civilización. Aun admitiendo este último como anterior y primitivo, el hombre ha tenido que volverse salvaje y caer en la barbarie.

La disciplina impide que el hombre, llevado por sus impulsos animales, se aparte de su destino, de la humanidad. Tiene que sujetarle, por

ejemplo, para que no se encamine, salvaje y aturdido, á los peligros. Así, pues, la disciplina es meramente negativa, esto es, la acción por la que se borra al hombre la animalidad; la instrucción, por el contrario, es la parte positiva de la educación.

La barbarie es la independencia respecto de las leyes. La disciplina somete al hombre á las leyes de la humanidad y comienza á hacerle sentir su coacción. Pero esto ha de realizarse temprano. Así, por ejemplo, se envían al principio los niños á la escuela, no ya con la intención de que aprendan algo, sino con la de habituarles á permanecer tranquilos y á observar puntualmente lo que se les ordena, para que más adelante no se dejen dominar por sus caprichos momentáneos.

Pero el hombre tiene por naturaleza tan grande inclinación á la libertad, que cuando se ha acostumbrado durante mucho tiempo á ella, se lo sacrifica todo. Precisamente por esto, como se ha dicho, ha de aplicarse la disciplina desde muy temprano, porque en otro caso es muy difícil cambiar después al hombre; entonces sigue todos sus caprichos. Se ve también entre los salvajes que, aunque presten servicio durante mucho tiempo á los europeos, nunca se acostumbran á su modo de vivir; lo que no significa en ellos una noble inclinación

hacia la libertad, como creen Rousseau y otros muchos, sino una cierta barbarie: es que el animal aún no ha desenvuelto en sí la humanidad. Por esto, se ha de acostumar al hombre desde temprano á someterse á los preceptos de la razón. Si en su juventud se le dejó á su voluntad, conservará una cierta barbarie durante toda su vida. Tampoco le sirve de nada el ser mimado en su infancia por la excesiva ternura maternal, pues más tarde no hará más que chocar con obstáculos en todas partes y sufrir continuos fracasos, tan pronto como intervenga en los asuntos del mundo.

Este es un defecto habitual en la educación de los aristócratas; pues por nacer destinados á mandar, nunca se les contraría. Es preciso desbastar la incultura del hombre á causa de su inclinación á la libertad; el animal, al contrario, no lo necesita por su instinto.

El hombre tiene necesidad de cuidados y de educación. La educación comprende la disciplina y la instrucción. Ningún animal, que se sepa, necesita de ésta; ninguno de ellos aprende nada de los viejos, excepto los pájaros, que aprenden su canto. Aquéllos instruyen á los jóvenes, y es delicioso verlos, como en una escuela, cantar con todas sus fuerzas delante de los pequeños, y á éstos afanándose en sacar el mismo sonido de sus gargantas. Para con-

vencerse de que los pájaros no cantan por instinto, sino que realmente aprenden—vale la pena de comprobarlo—se quitan la mitad de sus huevos á un canario y se cambian por otros de gorrión, ó mejor aún, se sustituyen sus pequeños por gorrioncillos. Si se les coloca entonces en una caja, donde no puedan oír los gorriones de fuera, aprenderán el canto de los canarios, y de este modo se tendrán gorriones que canten. Es admirable también, que cada género de pájaros conserva un cierto canto característico en todas sus generaciones, siendo esta tradición la más fiel del mundo.

Únicamente por la educación el hombre puede llegar á ser hombre. No es, sino lo que la educación le hace ser. Se ha de observar que el hombre no es educado más que por hombres, que igualmente están educados. De aquí, que la falta de disciplina y de instrucción de algunos, les hace también, á su vez, ser malos educadores de sus alumnos. Si un sér de una especie superior recibiera algún día nuestra educación, veríamos entonces lo que el hombre pudiera llegar á ser. Pero como la educación, en parte, enseña algo al hombre y, en parte, lo educa también, no se puede saber hasta dónde llegan sus disposiciones naturales. Si al menos se hiciera un experimento con el apoyo de los poderosos y con las fuerzas reunidas de

muchos, nos aclararía esto lo que puede el hombre dar de sí. Pero es una observación tan importante para un espíritu especulativo, como triste para un amigo del hombre, ver cómo los poderosos, la mayor parte de las veces, no se cuidan más que de sí y no contribuyen á los importantes experimentos de la educación, para que la naturaleza avance un poco hacia la perfección.

No hay nadie que haya sido descuidado en su juventud, que no comprenda, cuando viejo, en qué fué abandonado, bien sea en disciplina, bien en cultura (que así puede llamarse la instrucción). El que no es ilustrado es necio, quien no es disciplinado es salvaje. La falta de disciplina es un mal mayor que la falta de cultura; ésta puede adquirirse más tarde, mientras que la barbarie no puede corregirse nunca. Es probable que la educación vaya mejorándose constantemente, y que cada generación dé un paso hacia la perfección de la humanidad; pues tras la educación está el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana. Desde ahora puede ocurrir esto; porque se empieza á juzgar con acierto y á ver con claridad lo que propiamente conviene á una buena educación. Encanta imaginarse que la naturaleza humana se desenvolverá cada vez mejor por la educación, y que ello se puede

producir en una forma adecuada á la humanidad. Descúbrese aquí la perspectiva de una dicha futura para la especie humana.

El proyecto de una teoría de la educación es un noble ideal, y en nada perjudica, aun cuando no estemos en disposición de realizarlo. Tampoco hay que tener la idea por quimérica y desacreditarla como un hermoso sueño, aunque se encuentren obstáculos en su realización.

Una idea no es otra cosa que el concepto de una perfección no encontrada aún en la experiencia. Por ejemplo, la idea de una república perfecta, regida por las leyes de la justicia, ¿es por esto imposible? Basta que nuestra idea sea exacta para que salve los obstáculos que en su realización encuentre. ¿Sería la verdad una mera ilusión por el hecho de que todo el mundo mintiese? La idea de una educación que desenvuelva en los hombres todas sus disposiciones naturales, es, sin duda, verdadera.

Con la educación actual no alcanza el hombre por completo el fin de su existencia; porque, ¡qué diferentemente viven los hombres! Sólo puede haber uniformidad entre ellos, cuando obren por los mismos principios, y estos principios lleguen á serles otra naturaleza. Nosotros podemos trabajar en el plan de una educación conforme á un fin y entregar á la

posteridad una orientación que poco á poco pueda realizar. Las *orejas de oso*, por ejemplo, cuando se las trasplanta, tienen todas el mismo color; al contrario, cuando se siembran, se obtienen colores diferentes. La Naturaleza, por tanto, ha puesto en ellas los gérmenes, y basta para desarrollarlas, su siembra y trasplante convenientes. Lo mismo sucede con el hombre.

Se encuentran muchos gérmenes en la humanidad; y á nosotros toca desarrollarlos, desplegar nuestras disposiciones naturales y hacer que el hombre alcance su destino. Los animales lo realizan por sí mismos y sin conocerlo. El hombre ha de intentar alcanzarlo; pero no puede hacerlo, si no tiene un concepto de él. La adquisición de este destino es totalmente imposible para el individuo. Aun admitiendo una primera pareja realmente educada, todavía es preciso saber cómo ha educado sus alumnos. Los primeros padres dan ya un ejemplo á sus hijos, éstos lo imitan y así se desarrollan algunas disposiciones naturales. Todas no pueden ser cultivadas de esta manera, pues los niños, la mayor parte de las veces, sólo ven los ejemplos ocasionalmente. Antes no tenían los hombres ningún concepto de la perfección que la naturaleza humana puede alcanzar. Nosotros mismos no lo poseemos aún con pu-

reza. Pero es asimismo cierto, que obrando aisladamente los hombres en la formación de sus alumnos, no podrán conseguir que éstos alcancen su destino. No son los individuos, sino la especie humana quien debe llegar aquí.

La educación es un arte, cuya práctica ha de ser perfeccionada por muchas generaciones. Cada generación, provista de los conocimientos de las anteriores, puede realizar constantemente una educación que desenvuelva de un modo proporcional y conforme á un fin, todas las disposiciones naturales del hombre, y conducir así toda la especie humana á su destino. La Providencia ha querido que el hombre deba sacar el bien de sí mismo y le habló, por decirlo así: «¡Entra en el mundo!; yo te he provisto de todas las disposiciones para el bien. A ti toca desenvolverlas, y, por tanto, depende de tí mismo tu propia dicha y desgracia.»

El hombre debe desarrollar sus disposiciones para el bien; la Providencia no las ha puesto en él ya formadas; son meras disposiciones y sin la distinción de moralidad. El hombre debe hacerse á sí propio mejor, educarse por sí mismo, y, cuando malo, sacar de sí la moralidad. Meditándolo maduramente, se encuentra esto muy difícil: la educación es el problema más grande y difícil que puede ser pro-

puesto al hombre. La inteligencia, en efecto, depende de la educación, y la educación, á su vez, de la inteligencia. De aquí que la educación no pueda avanzar sino poco á poco; y no es posible tener un concepto más exacto de ella, de otro modo que por la transmisión que cada generación hace á la siguiente de sus conocimientos y experiencia, que, á su vez, los aumenta y los pasa á las siguientes. ¿Qué cultura y qué experiencia tan grandes no supone este concepto? No podía nacer sino muy tarde; nosotros mismos no lo hemos podido obtener en toda su pureza. ¿Debe imitar la educación en el individuo la cultura que la humanidad en general recibe de sus diferentes generaciones?

El hombre puede considerar como los dos descubrimientos más difíciles: el arte del gobierno y el de la educación y, sin embargo, se discute aún sobre estas ideas.

¿Por dónde, pues, empezaremos el desenvolvimiento de las disposiciones humanas? Debemos partir del estado inculto, ó por uno ya cultivado? Es difícil imaginarse un desarrollo partiendo de la barbarie (por esto lo es también el concepto de los primeros hombres), y vemos que, iniciándose aquél en semejante estado, se ha vuelto siempre á caer en la animalidad, y que otra vez se han necesitado numerosos esfuerzos para elevarse. En los más antiguos in-

formes escritos dejados por pueblos muy civilizados, encontramos que estaban en una gran proximidad á la barbarie—¿y qué grado de cultura no supone ya el escribir?—tanto que respecto al hombre civilizado, se podría llamar al comienzo del arte de la escritura el principio del mundo.

Toda educación es un arte, porque las disposiciones naturales del hombre no se desarrollan por sí mismas.—La Naturaleza no le ha dado para ello ningún instinto.—Tanto el origen como el proceso de este arte es: ó bien *mecánico*, sin plan, sujeto á las circunstancias dadas, ó *razonado*. El arte de la educación, se origina mecánicamente en las ocasiones variables donde aprendemos si algo es útil ó perjudicial al hombre. Todo arte de la educación que procede sólo mecánicamente, ha de contener faltas y errores, por no carecer de plan en que fundarse. El arte de la educación ó pedagogía, necesita ser razonado, si ha de desarrollar la naturaleza humana para que pueda alcanzar su destino. Los padres ya educados son ejemplos, conforme á los cuales se educan sus hijos, tomándolos por modelo. Si éstos han de llegar á ser mejores, preciso es que la Pedagogía sea una disciplina; si no, nada hay que esperar de ellos, y los mal educados, educarán mal á los demás. En el arte de la educa-

ción se ha de cambiar lo mecánico en ciencia: de otro modo, jamás sería un esfuerzo coherente, y una generación derribaría lo que otra hubiera construído.

Un principio del arte de la educación, que en particular debían tener presente los hombres que hacen sus planes es que no se debe educar los niños conforme al presente, sino conforme á un estado mejor, posible en lo futuro, de la especie humana; es decir, conforme á la idea de humanidad y de su completo destino. Este principio es de la mayor importancia.

Los padres, en general, no educan á sus hijos más que en vista del mundo presente, aunque esté muy corrompido. Deberían, por el contrario, educarles para que más tarde pudieran producirse un estado mejor. Pero aquí se encuentran dos obstáculos:

a) Los padres sólo se preocupan, ordinariamente, de que sus hijos prosperen en el mundo, y b) los príncipes no consideran á sus súbditos más que como instrumentos de sus deseos.

Los padres, cuidan de la casa; los príncipes, del Estado. Ni unos ni otros se ponen como fin un mejor mundo (*Weltbeste*), ni la perfección á que está destinada la humanidad y para lo cual tiene disposiciones. Las bases de un plan de educación han de hacerse cosmopolitamen-

te. ¿Es que el bien universal es una idea que puede ser nociva á nuestro bien particular? De ningún modo; pues aunque parece que ha de hacerse algún sacrificio por ella, se favorece, sin embargo, el bien de su estado actual. Y entonces, ¡qué nobles consecuencias le acompañan! Una buena educación es precisamente el origen de todo el bien en el mundo. Es necesario que los gérmenes que yacen en el hombre sean cada vez más desarrollados; pues no se encuentran en sus disposiciones los fundamentos para el mal. La única causa del mal es el no someter la Naturaleza á reglas. En los hombres solamente hay gérmenes para el bien.

¿De dónde debe venir, pues, el mejor estado del mundo? ¿De los príncipes ó de los súbditos? ¿Deben éstos mejorarse por sí mismos y salir al encuentro, en medio del camino, de un buen gobierno? Si los príncipes deben introducir la mejora, hay que mejorar primero su educación; porque durante mucho tiempo se ha cometido la gran falta de no contrariarles en su juventud. El árbol plantado solo en un campo, crece torcido y extiende sus ramas á lo lejos; por el contrario, el árbol que se alza en medio de un bosque, crece derecho por la resistencia que le oponen los árboles próximos, y busca sobre sí la luz y el sol. Lo mismo ocurre con los príncipes. Sin embargo, es mejor que los

eduque uno de sus súbditos, que uno de sus iguales. Sólo podemos esperar que el bien venga de arriba, cuando su educación sea la mejor. Por ésto, lo principal aquí son los esfuerzos de los particulares, y no la cooperación de los príncipes, como pensaban Basedow y otros; pues la experiencia enseña que no tienen tanto á la vista un mejor mundo como el bien del Estado, para poder alcanzar así sus fines. Cuando dan dinero con este propósito hay que atenerse á su parecer, porque trazan el plan. Lo mismo sucede en todo lo que se refiere á la cultura del espíritu humano y al aumento de los conocimientos del hombre. El poder y el dinero no los crean, á lo más, los facilitan; aunque podrían producirlos, si la economía del Estado no calculara los impuestos únicamente para su caja. Tampoco lo han hecho hasta ahora las Academias, y nunca ha habido menos señales que hoy de que lo hagan.

Según ésto, la organización de las escuelas no debfa depender más que del juicio de los conocedores más ilustrados. Toda cultura empieza por los particulares, y de aquí se extiende á los demás. La aproximación lenta de la naturaleza humana á su fin, sólo es posible mediante los esfuerzos de las personas de sentimientos bastante grandes para interesarse por un mundo mejor, y capaces de concebir la

idea de un estado futuro más perfecto. No obstante, aún hay más de un príncipe que sólo considera á su pueblo, poco más ó menos, como una parte del reino natural, que no piensa sino en reproducirse. Le desea, á lo más, cierta habilidad, pero solamente para poder servirse de él, como mejor instrumento de sus propósitos. Los particulares, sin duda, han de tener presente, en primer lugar, el fin de la naturaleza; pero necesitan mirar, sobre todo, el desenvolvimiento de la humanidad, y procurar que ésta no sólo llegue á ser hábil, sino también moral y, lo que es más difícil, tratar de que la posteridad vaya más allá de lo que ellos mismos han ido.

Por la educación, el hombre ha de ser, pues:

a) *Disciplinado*. Disciplinar es tratar de impedir que la animalidad se extienda á la humanidad, tanto en el hombre individual, como en el hombre social. Así, pues, la disciplina es meramente la sumisión de la barbarie.

b) *Cultivado*. La cultura comprende la instrucción y la enseñanza. Proporciona la habilidad, que es la posesión de una facultad por la cual se alcanzan todos los fines propuestos. Por tanto, no determina ningún fin, sino que lo deja á merced de las circunstancias.

Algunas habilidades son buenas en todos los casos; por ejemplo, el leer y escribir; otras

no lo son más que para algunos fines, por ejemplo, la música. La habilidad es, en cierto modo, infinita por la multitud de los fines.

c) Es preciso atender á que el hombre sea también prudente, á que se adapte á la sociedad humana para que sea querido y tenga influencia. Aquí corresponde una especie de enseñanza que se llama la *civilidad*. Exige ésta buenas maneras, amabilidad y una cierta prudencia, mediante las cuales pueda servirse de todos los hombres para sus fines. Se rige por el gusto variable de cada época. Así, agradaban aún hace pocos años las ceremonias en el trato social.

d) Hay que atender á la *moralización*. El hombre no sólo debe ser hábil para todos los fines, sino que ha de tener también un criterio con arreglo al cual sólo escoja los buenos. Estos buenos fines son los que necesariamente aprueba cada uno y que al mismo tiempo pueden ser fines para todos.

Al hombre se le puede adiestrar, amaestrar, instruir mecánicamente ó realmente ilustrarle. Se adiestra á los caballos, á los perros, y también se puede adiestrar á los hombres.

Sin embargo, no basta con el adiestramiento; lo que importa, sobre todo, es que el niño

aprenda á pensar. Que obre por principios, de los cuales se origina toda acción. Se ve, pues, lo mucho que se necesita hacer en una verdadera educación. Habitualmente, se cultiva poco aún la moralización en la educación privada; se educa al niño en lo que se cree sustancial, y se abandona aquélla al predicador. Pues qué, ¿no es de una inmensa importancia enseñar á los niños á aborrecer el vicio, no sólo fundándolo en que lo ha prohibido Dios, sino en que es aborrecible por sí mismo! De otro modo, les es fácil pensar que podrían muy bien frecuentarlo, y que les sería permitido, si Dios no lo hubiera prohibido; que, en todo caso, bien puede Dios hacer alguna excepción en su provecho. Dios, que es el ser más santo y que sólo ama lo que es bueno, quiere que practiquemos la virtud por su valor intrínseco y no porque él lo desee.

Vivimos en un tiempo de disciplina, cultura y civilidad; pero aún no, en el de la moralización. Se puede decir, en el estado presente del hombre, que la felicidad de los Estados crece al mismo tiempo que la desdicha de las gentes. Y es todavía un problema á resolver, si no seríamos más felices en el estado bárbaro, en que no existe la cultura actual, que en nuestro estado presente. Pues ¿cómo se puede hacer felices á los hombres, si no se les hace mora-

les y prudentes? La cantidad del mal no disminuirá, si no se hace así.

Hay que establecer escuelas experimentales, antes de que se puedan fundar escuelas normales. La educación y la instrucción no han de ser meramente mecánicas, sino descansar sobre principios. Ni tampoco sólo razonadas, sino, en cierto modo, formar un mecanismo. En Austria, casi no hay más que escuelas normales establecidas conforme á un plan, en contra del cual se dice mucho, y con razón, reprochándosele especialmente el ser un mecanismo ciego. Las otras escuelas tenían que regirse por ellas, y hasta se rehusaba colocar á la gente que no hubiera estado allí. Muestran semejantes prescripciones lo mucho que el gobierno se inmiscuía en estos asuntos; haciendo imposible tal coacción que prosperase nada bueno.

Se cree comunmente, que los experimentos no son necesarios en la educación, y que sólo por la razón se puede ya juzgar si una cosa será ó no buena. Pero aquí se padece una gran equivocación, y la experiencia enseña, que de nuestros ensayos se han obtenido, con frecuencia, efectos completamente contrarios á los que se esperaban. Se ve, pues, que, naciendo de los experimentos, ninguna generación puede presentar un plan de educación

completo. La única escuela experimental que, en cierto modo, ha comenzado á abrir el camino, ha sido el Instituto de Dessau. Se le ha de conceder esta gloria, á pesar de las muchas faltas que pudieran achacársele; faltas que, por otra parte, se encuentran en todos los sitios donde se hacen ensayos; y á él se le debe asimismo que todavía se hagan otros nuevos. Era, en cierto modo, la única escuela en que los profesores tenían la libertad de trabajar conforme á sus propios métodos y planes, y donde estaban en relación, tanto entre sí, como con todos los sabios de Alemania.

La educación comprende: los *cuidados* y la *formación*. Esta es: a) *negativa*, ó sea la disciplina, que meramente impide las faltas; b) *positiva*, ó sea la instrucción y la dirección; perteneciendo en esto á la cultura. La dirección es la guía en la práctica de lo que se ha aprendido. De ahí nace la diferencia entre el instructor (*Informator*), que es simplemente un profesor, y el ayo (*Hofmeister*), que es un director. Aquél educa sólo para la escuela; éste, para la vida.

La primera época del alumno es aquella en que ha de mostrar sumisión y obediencia pasiva; la otra, es aquella en que ya se le deja

hacer uso de su reflexión y de su libertad, pero sometidas á leyes. En la primera hay una coacción mecánica; en la segunda, una coacción moral.

La educación puede ser privada ó pública. La última no se refiere más que á la instrucción, y ésta puede permanecer siendo pública siempre. Se deja á la primera la práctica de los preceptos. Una educación pública completa es aquella que reúne la instrucción y la formación moral. Tiene por fin promover una buena educación privada. La escuela en que se hace esto se llama un instituto de educación. No puede haber muchos institutos de esta clase; ni puede ser tampoco muy grande el número de sus alumnos, porque son muy costosos; su mera instalación exige ya mucho dinero. Estos institutos vienen á ser como los asilos y hospitales. Los edificios que requieren y el sueldo de los directores, inspectores y criados restan ya la mitad del dinero destinado á este fin; y está probado que los pobres estarían mucho mejor cuidados, enviándoles este dinero á sus casas. También es difícil que la gente rica mande sus hijos á estos centros.

El fin de tales institutos públicos es el perfeccionamiento de la educación doméstica. Cesarían sus gastos si estuvieran bien educa-

dos los padres ó los que les ayudan en la educación. En ellos se deben hacer ensayos y educar individuos, y así crearán una buena educación doméstica.

De la educación privada cuidan, ó bien los mismos padres, ó bien otras personas, que son auxiliares asalariados, cuando aquéllos no tienen tiempo, habilidad ó gusto; pero en la educación dada por éstos, se presenta la difícilísima circunstancia de hallarse dividida la autoridad entre los padres y los ayos. El niño debe regirse por las instrucciones de los ayos y seguir al mismo tiempo los caprichos de los padres. En una educación de esta clase es necesario que los padres cedan toda su autoridad á los preceptores.

¿Pero en qué puede aventajar la educación privada á la pública ó ésta á aquélla? Parece ser más ventajosa, en general, la educación pública que la privada, no sólo desde el punto de vista de la habilidad, sino también por lo que se refiere al carácter del ciudadano. Es muy frecuente que la educación doméstica no solamente no corrija las faltas de la familia, sino que las aumente.

¿Cuánto debe durar la educación? Hasta la época en que la misma Naturaleza ha decidido que el hombre se conduzca por sí mismo, cuando se desarrolla en él el instinto sexual;

cuando él mismo pueda llegar á ser padre y deba educar; próximamente hasta los dieciséis años. Pasado este tiempo, se puede emplear aún los recursos de la cultura y aplicar una disciplina disimulada, pero no una educación regular.

La sumisión del alumno puede ser, ó bien *positiva*: cuando ha de hacer lo que se le ha prescrito, por no poder juzgar por sí mismo y por tener aún la facultad de imitar, ó *negativa*: cuando necesita hacer lo que deseen los demás, si quiere, á su vez, que éstos hagan algo por complacerle. En el primer caso se aplica el castigo; en el segundo, no se hace lo que él quiere; aquí está pendiente de su placer, aunque ya pueda pensar.

Uno de los más grandes problemas de la educación es conciliar, bajo una legítima coacción, la sumisión con la facultad de servirse de su voluntad. Porque la coacción es necesaria. ¿Cómo cultivar la libertad por la coacción? Yo debo acostumbrarle á sufrir una coacción en su libertad, y al mismo tiempo debo guiarle para que haga un buen uso de ella. Sin esto, todo es un mero mecanismo, y una vez acabada su educación, no sabría servirse de su libertad. Ha de sentir desde el principio la inevitable resistencia de la sociedad para que aprenda lo difícil de bastarse á

sí mismo, de estar privado de algo y de adquirir para ser independiente.

Aquí es preciso observar lo siguiente: a) que se deje libre al niño desde su primera infancia en todos los momentos (exceptuados los casos en que pueda hacerse daño, como, por ejemplo: si quiere coger un cuchillo afilado), con tal que obre de modo que no sea un obstáculo á la libertad de otro, por ejemplo: cuando grite ó su alegría sea tan ruidosa que moleste á los demás; b) se le ha de mostrar que no alcanzará sus fines, sino dejando alcanzar los suyos á los demás, por ejemplo: que no se le concederá gusto alguno si no hace lo que se le manda, que debe aprender, etc.; c) es preciso hacerle ver que la coacción que se le impone le conduce al uso de su propia libertad; que se le educa para que algún día pueda ser libre, esto es, para no depender de los otros. Esto es lo último. Los niños tardan mucho, por ejemplo, en hacerse cargo de que más tarde están obligados á preocuparse de su sostenimiento: Creen que sucederá siempre lo mismo que en casa de sus padres, donde reciben la comida y la bebida sin tener que cuidarse de ello. Si no se les trata así, continúan siendo niños toda su vida, como los habitantes de Otahití, particularmente los de padres ricos y los hijos de príncipes. La educación pú-

blica tiene aquí sus más evidentes ventajas, pues en ella se aprende á medir sus fuerzas y las limitaciones que impone el derecho de otro; no se disfruta de ningún privilegio porque se halla resistencia por todas partes, y no se sobresale más que por el propio mérito; es la educación que mejor imagen da del futuro ciudadano.

Pero todavía hay que resolver una dificultad que se presenta aquí: consiste en anticipar el conocimiento sexual para impedir el vicio antes de entrar en la pubertad. Más adelante se hablará de ello.

TRATADO

La Pedagogía ó teoría de la educación es ó *física* ó *práctica*. La educación *física* es aquella que el hombre tiene de común con los animales, ó sea los cuidados. La educación *práctica* ó *moral* es aquella mediante la cual el hombre debe ser formado para poder vivir, como un sér que obra libremente. (Se llama *práctico* á todo lo que tiene relación con la libertad). Es la educación de la personalidad, la educación de un sér que obra libremente, que se basta á sí propio, y que es un miembro de la sociedad, pero que puede tener por sí mismo un valor intrínseco.

Así, pues, esta educación se compone: a) de la formación *escolástico-mecánica*, que se refiere á la habilidad; entonces es *didáctica* (instructor); b) de la formación *pragmática*, que se refiere á la prudencia (ayo); c) de la formación *moral*, que se refiere á la moralidad.

El hombre necesita de la formación esco-

lástica ó instrucción para llegar á alcanzar todos sus fines. Le da un valor en cuanto á sí mismo como individuo. La educación por la prudencia le hace ciudadano, porque adquiere un valor público. Aprende con ella, tanto á dirigir la sociedad pública á sus propósitos como á adaptarse á ella. Finalmente, por la formación moral adquiere un valor en relación con toda la especie humana.

La formación escolástica es la primera y más antigua. Pues toda prudencia supone habilidad. La prudencia es la facultad de aplicar bien la habilidad. La formación moral es la última, en tanto que se apoya en principios que el hombre mismo debe comprender; pero hay que practicarla desde luego, igual que la educación física, mientras sólo descansen en el sentido común; de otro modo, fácilmente arraigarían las faltas, en las que todo esfuerzo de la educación es inútil. En cuanto á la habilidad y á la prudencia, ha de ser continua la labor. Apenas si vale más ser, de niño, hábil, prudente, benigno, astuto, al modo de un hombre, que infantil de carácter cuando adulto.

DE LA EDUCACIÓN FÍSICA

Aun cuando el que se encarga como ayo de una educación no toma al niño bajo sus cuidados lo bastante pronto para que pueda cuidar asimismo de la educación física, conviene saber sin embargo, todo lo que es necesario observar en la educación desde el principio hasta el fin. Puede ocurrir, aun no siendo ayo más que de niños mayores, que nazcan en la casa otros niños, y, si se conduce bien, convertirse en el íntimo de los padres, que le pedirán entonces consejo sobre la educación física de sus hijos, ya que con frecuencia es el único entendido en el hogar. Por esto necesita el ayo tales conocimientos.

La educación física propiamente no consiste sino en los cuidados de los padres, nodrizas ó niñeras. La leche de la madre es el alimento que la Naturaleza ha destinado al niño. Es un mero prejuicio creer que chupa su carácter con la leche; muchas veces se oye decir: ¡Tú lo has mamado con la leche de tu madre!

Lo más ventajoso para la madre y el niño es que ella misma lo críe. Sin embargo, también hay en esto excepciones: en casos extremos, por enfermedad. Se creía antes que la primera leche después del parto, serosa, era perjudicial para el niño, y que la madre había de suprimirla antes que pudiera mamar. Pero Rousseau fué el primero que llamó la atención de los médicos, sobre si esta primera leche podría también ser buena, pues la Naturaleza no ha dispuesto nada en vano. Y se ha encontrado realmente que esta leche (llamada por los médicos *meconium*) es la que mejor quita las inmundicias que se encuentran en los recién nacidos, siendo, por lo tanto, muy conveniente para los niños.

Se ha suscitado el problema de la posibilidad de criar mejor al niño con la leche de animal. La leche humana es muy diferente de la leche de los animales. La de todos los herbívoros se cuaja muy pronto cuando se le añade algún ácido, por ejemplo, el tártrico ó el cítrico, y particularmente el ácido que se llama *cuajo*. La leche humana no se cuaja. Pero cuando la madre ó la nodriza comen sólo vegetales durante algunos días, la leche se cuaja del mismo modo que la de vaca, aunque vuelve á ser tan buena como antes, si no comen más que carne durante algún tiempo. De

esto se ha deducido que lo mejor y más provechoso para el niño es que su madre ó su nodriza se alimenten de carne durante el tiempo que crían. Pues si el niño devuelve la leche, se ve que está cuajada. El ácido de su estómago tiene que favorecer el cuajamiento mejor que los demás; si no, en modo alguno podría cuajar la leche humana. ¡Qué mal se haría si se diera al niño una leche que por sí misma ya se cuajara! Pero se ve en otras naciones, que no depende todo únicamente de esto. Los tunguses, por ejemplo, apenas comen más que carne, y son gentes sanas y fuertes; sin embargo, todos estos pueblos no viven mucho, pudiéndose levantar con poco esfuerzo á un gran muchachote á quien, al verle, no se le creería tan ligero. Los suecos, y particularmente los indios, por el contrario, no comen casi ninguna carne, y sin embargo se crían muy bien. Parece, pues, que esto sólo depende de la salud de la nodriza, y que el mejor alimento es aquel que sienta mejor.

Aquí se pregunta: ¿con qué se ha de alimentar al niño cuando termine la leche de su madre? Desde hace algún tiempo se ha ensayado toda clase de papillas; pero no es bueno alimentar al niño, al principio, con tales cosas. Particularmente, se ha de evitar darle excitantes, como vino, especias, sal, etc. Es extraño,

sin embargo, que los niños tengan tan grande afán por estas cosas. Ello es debido á que proporcionan á sus sensaciones, aún confusas, una irritación, una animación que les son agradables. Los niños rusos reciben, sin duda, de sus madres el mismo gusto que tienen éstas por beber aguardiente, y se observa que los rusos son sanos y fuertes. Bien es cierto, que los que lo resisten han de tener muy buena constitución; y así mueren muchos que no haciendo esto, hubieran podido vivir; pues tal prematura irritación de los nervios produce muchos desórdenes. Hay que preservarlos cuidadosamente hasta de los alimentos ó bebidas calientes, pues también les debilitan.

Se debe evitar, además, no mantener al niño muy caliente, pues su sangre lo está ya por sí misma mucho más que en los adultos. El calor de la sangre de los niños llega á 110° Fahrenheit, y la de los adultos sólo á 96°. El niño se asfixia en una temperatura en que otros de más edad se encuentran perfectamente. La habitación fresca generalmente hace fuerte al hombre. No es bueno tampoco para los adultos abrigarse demasiado, cubrirse con exceso y acostumbrarse á bebidas muy calientes. Por tanto, hay que tener al niño en lecho fresco y duro. Los baños fríos son buenos también. No se debe emplear excitante al-

guno para despertar el apetito de los niños; ha de nacer sólo de la actividad y de la ocupación. No se debe dejar que el niño se acostumbre á nada, pues la costumbre se convierte en necesidad. Aun para el bien, no se le ha de hacer de todo un hábito por medio del arte.

Los pueblos bárbaros no envuelven en mantillas á sus niños. Los salvajes de América, por ejemplo, hacen para sus hijos hoyos en la tierra; cubren el fondo con polvo de los árboles carcomidos para que absorba la orina y demás secreciones y permanezcan secos los niños, y, después, los cubren con hojas; pero, por lo demás, les dejan el libre uso de sus miembros. Nosotros envolvemos á los niños como momias por nuestra pura comodidad, para no cuidar de que se hagan daño; lo que, no obstante, sucede con las mantillas, que además les causan mucho temor y les hacen caer en una especie de desesperación, impidiéndoles á menudo hacer uso de sus miembros; se cree entonces poder apagar sus gritos con meras palabras; pero que se envuelva tan sólo una vez á un hombre, y se verá si no grita también y no cae en la angustia y en la desesperación.

En general, es necesario observar que la primera educación sólo tiene que ser negati-

va, es decir, que no se ha de añadir nada á la previsión de la Naturaleza, sino únicamente impedir que se la pueda perturbar. Si hay un arte permitido en la aducción, es sólo el del endurecimiento: una razón más para desechar las mantillas. Si, no obstante, se quiere tomar algunas precauciones, lo más conveniente es una especie de caja guarnecida en la parte alta por correas. Los italianos la usan y la llaman *arcuccio*. El niño permanece siempre en esta caja, y allí se le deja hasta para amantarlo. Se impide á la vez con ella que la madre pueda aplastar al niño si se duerme por la noche. Entre nosotros mueren muchos niños de esta manera; semejante precaución es, pues, mucho mejor que las mantillas, porque los niños tienen más libertad y les impide deformarse, como frecuentemente ocurre con ellas.

Otra costumbre de la primera educación es el mecer á los niños. El modo más facil es el que emplean algunos campesinos. Suspenden la cuna, mediante cuerdas, de una viga, y no tienen más que empujarla para que se mueva de un lado á otro. En general, no sirve de nada el brizar á los niños; pues el vaivén les es perjudicial. Se ve hasta en las personas mayores que el columpiarse les produce vértigos y un movimiento como para vomitar.

De este modo se quiere aturdir á los niños para que no griten; pero los gritos les son saludables. Tan pronto como salen del seno materno, donde no han disfrutado ningún aire, respiran el primero. Alterado con ello, el curso de la sangre les produce una sensación dolorosa; pero por sus gritos desarrolla el niño mejor sus partes interiores y los canales de su cuerpo. También se les perjudica mucho acudiendo á ellos cuando gritan, cantándoles algo, por ejemplo, como tienen costumbre de hacer las amas; esta es habitualmente la primera perversión del niño, pues al ver que todo viene á sus gritos, los repite con más frecuencia.

Se puede decir con verdad, que los niños de la gente vulgar están peor educados que los de los señores, porque la gente ordinaria juega con sus hijos como los monos: los cantan, los zarandean, los besan, bailan con ellos; piensan hacerles algún bien corriendo á ellos cuando lloran, forzándoles á jugar, etc.; pero así gritan más á menudo. Cuando, por el contrario, no se atiende á sus gritos, acaban por callarse, pues ninguna criatura se toma un trabajo inútilmente. Si se les acostumbra á ver realizados todos sus caprichos, después será demasiado tarde para quebrar su voluntad. Dejándoles gritar, se cansan ellos mismos; mas si se satisfacen todos sus caprichos en la